

# Límites y variantes de una transición inédita

Marcelo Contreras

**S**egún los científicos sociales, las dictaduras caen por una derrota militar, externa o interna, por un colapso o por propia decisión de quienes detentan el poder. El caso chileno no parece corresponder a ninguno de estos esquemas. No estamos en presencia de un colapso o de una derrota militar y, obviamente, no es que Pinochet haya estimado que su régimen está agotado y que debiera retirarse para dar paso a un sistema democrático. Aquí, lo que ha sucedido es que el triunfo opositor en el plebiscito trastrocó los planes del general Pinochet de permanecer en el poder por otros ocho años, abriendo paso a un inédito proceso de transición, en donde está ausente el elemento de voluntad o consentimiento de quienes detentan el poder.

Por ello no estamos frente a un régimen que entra resignadamente a su fase de término, preparándose a entregar el poder a quien resulte vencedor en las elecciones del próximo 14 de diciembre. Si bien es cierto que el resultado del plebiscito hace muy difícil pensar que Pinochet pueda retener el poder más allá de 1990, también es cierto que a lo menos un sector, liderado por el propio general Pinochet, una parte de las fuerzas armadas (en el que hay que incluir al Ejército) y un equipo duro en el gobierno (denominado "los franquistas"), tienen la voluntad y la aspiración de asegurar una opción continuista para suceder al régimen militar o, en todo caso, dejar "todo atado", para impedir el desmantelamiento de la obra realizada a lo largo de estos quince años.

El punto central en que se basa esta estrategia es asegurar un control militar sobre el sistema político. Intenta proyectar un modelo de democracia protegida, en el cual las FFAA juegan un rol preponderante. De allí los esfuerzos de Pinochet por mantener las prerrogativas que la actual institucionalidad le asigna a las instituciones de la defensa nacional, y en especial su participación en el Consejo de Seguridad Nacional. De la misma manera, el tema de la inamovilidad de los comandantes en jefe de las cuatro ramas de las fuerzas armadas constituye un punto de máxima significación, frente a un eventual triunfo opositor en las próximas elecciones, pues permitiría que el general Pinochet pudiera volver a ocupar la comandancia del Ejército, generando un esquema muy semejante al de Noriega en Panamá.

Junto a lo anterior, el gobierno ha venido materializando un apresurado proceso de "vaciamiento" del inmenso poder que concentró el Estado autoritario a lo largo de éstos quince años, aprovechando el período de transición que establece la actual Constitución.

En el área económica se ha acelerado el proceso de privatizaciones de las empresas que aún permanecen en manos del Estado (ENAMI, ENTEL, Televisión Nacional, ENAP y otras), al tiempo que se tramita la ley que concede autonomía al Banco Central. En este mismo terreno, todo hace prever que se implementará una política de gasto fiscal más generosa que en años anteriores, por razones electorales y para no dejar demasiados recursos en arcas fiscales a un futuro gobierno democrático.

En el plano institucional han empezado procesos de ajuste. Por ejemplo, en la composición del Tribunal Constitucional, en el cual se han cambiado integrantes, a fin de asegurar una mayoría favorable al actual gobierno. En relación al poder judicial ha trascendido el esfuerzo del gobierno por conseguir la jubilación de aquellos ministros de la Corte Suprema de mayor antigüedad, para reemplazarlos en el presente período. Actualmente el gobierno discute la institucionalización del Consejo Económico y Social, así como el nombramiento de los con-

sejos regionales y comunales de desarrollo (COREDES y CODECOS). En materia de comunicaciones se encuentra en preparación la nueva ley de radio y televisión, la privatización de Televisión Nacional, y el establecimiento de once canales de televisión privada, en el sistema UHF, que se asignarían antes del término del actual gobierno.

## Margen de maniobra reducido

Las mayores dificultades para implementar este diseño de democracia protegida se encuentran, paradójicamente, en la propia Constitución de 1980, pensada para la proyección del régimen militar y no para regir un sistema democrático. Su derrota en el plebiscito obligó al gobierno a examinar las excesivas facultades que la Constitución otorga al poder ejecutivo, evitando que una hipotética reforma constitucional amenace alterar el espíritu con que fue diseñada la actual carta fundamental.

Diffícilmente el gobierno se arriesgará a someter a plebiscito un paquete

te de reformas que tengan un carácter confrontacional con la oposición, arriesgándose a una nueva derrota electoral que lo deje en una posición aún más comprometida frente a las elecciones de diciembre. Tan improbable como lo anterior, sin embargo, es que el gobierno pueda concordar con la oposición reformas para convocar a un plebiscito consensual. Básicamente, porque la óptica de unos y otros para proponer reformas es antagónica: mientras la oposición busca cambios que reestablezcan plenamente el principio de la soberanía popular y el pluralismo ideológico, el gobierno está pensando en reformas que limiten los poderes del ejecutivo, pero mantengan la tutela militar sobre el sistema político.

Las alternativas son las de concordar un paquete de cambios limitados a las áreas de consenso o simplemente que no haya plebiscito antes de las próximas elecciones y que los acuerdos suscritos entre la Concertación de Partidos por la Democracia y el partido Renovación Nacional (RN) constituya las bases de un pacto constitucional para la futura democracia; en ese caso, el general Pinochet intentará atrincherarse en la actual Constitución y en el futuro sistema democrático reconquistar su fortaleza desde la comandancia del Ejército.

Sin embargo este diseño político no provoca consenso al interior del régimen militar. Sectores más realistas, identificados con la Junta de Gobierno, el actual ministro del Interior y fundamentalmente RN, saben lo inútil del intentar dejar "todo amarrado" frente a un triunfo opositor en las próximas elecciones. Estos sectores, calificados como *dialoguistas* o *negociadores*, han intentado convencer al general Pinochet de la conveniencia de llegar ahora a acuerdos y compromisos con la oposición como única forma de evitar un desmantelamiento posterior.

Pese a los éxitos parciales alcanzados por estos sectores, en orden a dialogar con la oposición a propósito de las reformas constitucionales, su margen de maniobra es extraordinariamente reducido frente a las rigideces y a la falta de una efectiva voluntad de Pinochet para llegar a un acuerdo político con la oposición para facilitar la

transición. De fracasar estas gestiones de acercamiento, tenderá a reproducirse el esquema del plebiscito, entre los partidarios del continuismo y proyección del régimen militar, y quienes estén a favor de una efectiva redemocratización del país.

### Dos vertientes de derecha

Estas opciones pueden llegar a constituir una verdadera línea divisoria en la derecha y el propio gobierno, entre aquellos sectores que aspiran a heredar civilmente al régimen militar, y quienes están convencidos que las dictaduras militares no dejan herencias ni herederos, y que la única posibilidad de recomponer una opción política de derecha, capaz de competir en democracia, es a partir de una postura de independencia y superación del régimen militar.

Este parece ser el trasfondo de las diferencias entre la UDI y RN desde los tiempos pre-plebiscitarios. Mientras la UDI se pronunció sin ambigüedades por la nominación del general Pinochet como candidato, el partido de Sergio Onofre Jarpa propuso la nominación de un candidato civil. Durante el desarrollo de la campaña, las diferencias se profundizaron, tanto por los contenidos como por el manejo burocrático que Sergio Fernández le imprimió a la campaña por el *sí*, para terminar explicitándose la noche del 5 de octubre, cuando el presidente de RN reconoció tempranamente el triunfo opositor, lo que le valió acerbas y públicas críticas del líder de la UDI, Jaime Guzmán.

Los desarrollos posteriores han ahondado las discrepancias. Tras la derrota, RN ha marcado sus distancias con el oficialismo para concentrarse en alterar y superar el cuadro político polarizado entre las opciones del *sí* y el *no*. Desde su óptica, el único hecho político capaz de cambiar esta desfavorable correlación es su propio desplazamiento hacia el centro, buscando un acercamiento con la democracia cristiana, no para prestar su apoyo a la eventual candidatura de Aylwin en la próxima elección presidencial, sino buscando acuerdos políticos con el centro que constituyan a RN en un factor indispensable de gobernabilidad en el futuro, sin descartar una colabora-

ción más estrecha entre la derecha y el centro a partir del futuro parlamento.

### Difícil unidad

Esta estrategia ha sido implementada con toda decisión por RN a propósito del tema de reformas constitucionales, en donde tomaron la iniciativa de invitar a discutir a la DC una propuesta conjunta, evidenciando un gran pragmatismo y una real voluntad de arribar a acuerdos que, aun cuando no tengan posibilidades de ser acogidos por el gobierno, constituyen una fórmula de compromiso para el futuro institucional.

A esta iniciativa se ha sucedido una invitación a discutir conjuntamente el problema frutícola y, seguramente, veudrán nuevas invitaciones a conversar otras temáticas, políticas y económicas que, en opinión de RN, es indispensable negociar en este período de transición. Todo ello en la búsqueda de un modelo de democracia consensuada que asegure un espacio a una derecha con patente democrática.

Distinta es la óptica de la UDI, quien no representa a la derecha tradicional de nuestro país y para quien el porcentaje de votos obtenido por Pinochet en el plebiscito es un capital político muy significativo para un partido que no ha participado en elecciones democráticas y no tiene, por tanto, votación propia. Por ello se han pronunciado por levantar una candidatura que sea una alternativa de continuidad del régimen militar, apostando a que los ex-funcionarios del régimen, en su mayoría militantes de ese partido, puedan capitalizar el pinochetismo.

Sin embargo, los líderes de la UDI entienden que para que esa estrategia tenga éxito necesitan impedir el desbande de RN. De allí sus énfasis unitarios y sus propuestas de converger en un candidato como Hernán Büchi o Sergio Diez, que deberían contar con la aprobación y el apoyo del gobierno y Pinochet.

Es difícil, sin embargo, que esta unidad se materialice. Fundamentalmente por que es disfuncional al proyecto político de RN, al reproducir el esquema del plebiscito. Lo más probable es que el partido de Jarpa dé su apoyo a un candidato que les asegure

su identificación con el proyecto de centroderecha y, lo más importante, les garantice una postura de independencia y distancia frente al gobierno. Si Hernán Búchi no pasa "el test de la blancura", como han denominado los dirigentes de Renovación Nacional a esta prueba de independencia, siempre está en reserva el nombre de Jarpa, con lo cual se rompería, definitivamente, las alineaciones que se dieron en el pasado plebiscito, dividiendo las opciones de la derecha entre continuistas y renovadores.

### Complejo consenso general

En la Concertación de Partidos por la Democracia, al calor del triunfo, los equipos técnicos y publicitarios que acumularon tantos éxitos en la campaña, acuñaron una consigna optimista: "Transformar la concertación en coalición y la coalición en gobierno". Sin embargo la realidad se ha demostrado más dura y compleja que los deseos. Primero, por el entrapamiento en que cayó la democracia cristiana para resolver su conflicto interno y su precandidato presidencial. Luego, por las complejidades que supone concertar 17 partidos en torno a un programa único de transición y un candidato. Pero en tercer lugar, y quizás lo más complejo de resolver, está el tema de la ley electoral, por cuanto representa una verdadera camisa de fuerza para el sistema político, que no es posible encasillar en el sistema bi-nominal. Largas discusiones, ingeniosas fórmulas electorales, complicadas negociaciones, han concentrado los esfuerzos opositores, reduciendo la actividad de este sector casi exclusivamente a una política de cámara.

En todos estos afanes da la impresión que a los sectores opositores se les hubiese perdido el país real y los desafíos que supone impulsar un proceso de transición que no cuenta con una disposición de las fuerzas armadas sino un seria resistencia del propio general Pinochet y su equipo duro en el gobierno. Todo el diseño de trasvase del poder y de privatizaciones en el área económica sólo ha merecido respuestas y protestas débiles en la oposición. De la misma manera, el proyecto, hoy transformado en ley, que regula las próximas elecciones

parlamentarias, no contó con una oposición y rechazo frontal de la Concertación, pese a que fue diseñado para favorecer las regiones de alta votación sí en el pasado plebiscito.

Todo ello contribuye a restar iniciativa a la oposición en los meses posteriores al plebiscito, que sólo podrá recuperar en la medida que resuelva con rapidez los temas de candidato, pactos y programa y entre definitivamente en campaña electoral. Desafortunadamente todos estos temas aparecen extraordinariamente ligados e interdependientes, al coincidir las elecciones de Presidente de la República con las parlamentarias, sin que existan elementos objetivos de medición electoral entre los 17 partidos de la Concertación. Un hecho parece, sin embargo, claro: si el candidato emerge de alguno de los partidos de la Concertación, ello le otorga una ventaja apreciable sobre el resto en la confrontación parlamentaria. De otro lado, la estructuración de los partidos instrumentales, con la reciente incorporación del partido PAIS, introduce mayores elementos de complejidad para construir un consenso general sobre los temas que preocupan a los opositores.

### Su propia palabra

Los tiempos para tomar decisiones se acortan y aparece muy difícil que la oposición pueda resolver en un mismo acto todos los temas. Lo más probable es que la secuencia comience por definir un programa de transición para los próximos años, lo que automáticamente permitiría clasificar la coalición de partidos que integraría este primer gobierno democrático. Ello, por sí mismo no permite, sin embargo, definir el candidato y los pactos parlamentarios, por cuanto con toda probabilidad, partidos opositores (de la concertación o fuera de ella) no necesariamente estén disponibles para integrar un futuro gobierno opositor, pero sí estarían por apoyar el candidato de la concertación. De la misma manera, una estrategia orientada a maximizar la votación parlamentaria debería contemplar algún tipo de acuerdo electoral con estas fuerzas opositoras.

Pocos dudan, sin embargo, que la oposición presentará un solo candi-

dato presidencial en la próxima contienda presidencial y que, con toda probabilidad, esta designación recaerá en la persona de Patricio Aylwin, el precandidato de la democracia cristiana. Queda sin embargo por definir cuales serán las fuerzas sustantivas que sostendrán este futuro gobierno de transición. Hasta el momento han manifestado su intención de concurrir a ella los partidos integrantes de la llamada coalición chica, que integran, entre otros, la propia DC, el Partido Radical, los socialdemócratas progresistas, la USOPO y el PADENA. Asimismo los socialistas liderados por Ricardo Núñez y el PPD han sido igualmente claros en afirmar que participarán del próximo gobierno. Son los socialistas de Almeida y la Izquierda Cristiana, que también integran el partido PAIS, quienes mayores reservas han expresado al respecto, sujetando su decisión a los contenidos del programa y al tema de los pactos parlamentarios, según incluyan o excluyan a su propio partido instrumental.

Todo indica que la campaña presidencial está ya próxima a partir, tanto por el lado del gobierno como de la oposición... aunque aún estén por resolverse los candidatos. En el caso de las elecciones parlamentarias pueden tener un mayor retardo en su inicio, corriéndose el riesgo de que las alianzas, pactos y concertaciones, así como la designación de candidatos no se defina sino la noche antes en que expira el plazo de inscripción. Mientras tanto, los precandidatos se movilizan activamente por el país y al interior de sus partidos para asegurar sus nominaciones, prefigurando el intenso clima electoral que vivirá el país de aquí a diciembre. Sin embargo, el destino de la transición no se jugará puramente en estas elecciones. También se hará en las presiones y contrapresiones al interior del gobierno; en las negociaciones políticas entre gobierno y oposición, o de la oposición y sectores de la derecha; en la confrontación entre los partidarios de la democracia y el continuismo. Y todo ello con un convidado de piedra: las fuerzas armadas, que tienen su propia palabra al respecto. (X)

